

que hoy es uso, á los que prenden,
acabar de esta manera...

Tú y yo, juntos, allá vamos,
contra el quicio, ambos, por tierra,
pese al sueño, pese al hambre,
sin cesar, de centinela,
á que entrando, encuentren todos
tu puñal ó mi grandeza.

¡Mal comienzan los amores
del Infante! Pero él vea
que si en Castilla, leones,
nos arrancan la melena,
¡para guardarle seremos
perros, los dos, á su puerta!

Y, sublime, apoyándose en el brazo del noble escudero, sale en furia por la escalera arriba.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una sala en el palacio que ocupaba en Madrigal la reina viuda de Don Juan II, Doña Isabel de Portugal, madre de la Princesa Doña Isabel de Castilla.

Al fondo, puerta sobre un corredor gótico de amplios ventanales con ojivas.

A la izquierda, puerta comunicando con las habitaciones de la Reina.

En el primer término de la derecha, mirador de dos ojivas con poyos de piedra al pie. En segundo término, puerta comunicando con el resto del palacio.

Cerca del mirador, pequeño estrado.

Mesa con lo necesario para escribir; sillones de cuero. En todo el atavío, una parquedad y pobreza que delatan la miserable situación de la Reina viuda.

Luz de mañana clara.

Al levantarse el telón, el Obispo Carrillo, que acaba de llegar á Madrigal, estará hablando con doña Lucinda, una de las escasísimas damas de la anciana Reina.

LUCINDA

Saliendo de la lateral izquierda.

Señor don Alonso, la Reina parece
que en razón está.

CARRILLO

¿Recuerda mi nombre ?

LUCINDA

Lo recuerda todo;
que en las breves horas que le dan de paz
sus delirios, nadie la creyera loca.

LA REINA

Entrando también por la lateral izquierda, del brazo de doña Clara de Alvernaes y apoyada en un bastón corto de ébano.

Obispo Carrillo...

CARRILLO

¿Es ella ?

LUCINDA

Apartándose para dar paso á la Reina.

Aquí está.

LA REINA

Mi marido ha muerto muchos años hace.
Obispo Carrillo, ¿qué es lo que buscáis ?
Yo viuda y él muerto, sobran los privados;
ya lo fué el de Luna; no queremos más.
¿Buscáis mis riquezas?... Ayer, de mañana,
unos molineros fiáronme el pan;
he vivido tanto, que he dejado el trono

cien leguas atrás;
no tengo encomiendas que os tapen la boca,
no me queda otro hijo que podáis matar...
¡ Devolvedme el alma que me habéis robado !
Diez años sin alma llevo en Madrigal...
¿Qué es de mi Infántica de las trenzas de oro ?
Clara de Alvernaes ¡ habrá muerto ya !

CARRILLO

De ella vengo á hablaros; la Princesa vive.

LA REINA

¿Vive ?

CARRILLO

Y vais á verla.

LA REINA

¿Me decís verdad ?

CARRILLO

Para ser su heraldo junto á vos, señora,
cabalgué á buen paso desde el encinar;
y á estas horas ella, con quinientas lanzas,
estará llegando sobre Madrigal.

LA REINA

¿La Princesa vive ? ¿no os entró codicia
de poner á precio su sangre real ?
¿viene á verme ? ¿es cierto ?

CARRILLO

¿Recordáis, señora,
cuando en pos marchabais del guión real,
para entrar en villa de su patrimonio,
qué són de clarines usaba el Rey Juan?

LA REINA

Esperad... recuerdo... ¡un són de oro!

*Suenan lejantísimos los clarines que
anuncian al alcaide de la mu-
ralla la presencia de Doña Isabel.*

CARRILLO

¿Es éste?

LA REINA

*Al oír aquel són, dijérase que la
Reina viuda se rejuvenece y
transfigura; el velo, que tenía
medio caído, lo echa atrás con
una mano, despejando su frente
nobilísima; su figura se ha er-
guido, lozana todavía; colocó
bajo el brazo la muleta inútil;
en sus ojos vuelve á resplande-
cer, poco á poco, la luz de la
razón, y dice:*

¡Mi Casa!... ¡Qué mundo!... ¡las vueltas que da!

*Se repite, igualmente lejano, el són
de clarines.*

¡No mienten, no mienten!... ¡es ella!... ¡cuitada!
¡Y en qué pobre choza la traen á hospedar!

Clara de Alvernaes, mis ropas de luto,
ya que no riqueza, ¿tienen majestad?

CLARA

Sois, señora Reina, la que siempre fuisteis.

LA REINA

Pues soy pobre cosa, si dices verdad.

A Carrillo.

¿La traéis forzada con quinientas lanzas
para que su encierro sea Madrigal?

CARRILLO

Contra el de Villena me pidió mis lanzas,
y vuestros consejos se acerca á buscar.

*Recapacitando para recordar, como
el que vuelve de una pesadilla,
dice:*

LA REINA

Villena... el que hogaño se nombra Villena
¿no es un Juan Pacheco, de raza de can?

CARRILLO

El mismo.

LA REINA

¿Qué tiene que ver con mi Infanta?

CARRILLO

Gobierna á su antojo la hacienda real
porque es el Privado del Rey don Enrique.

LA REINA

¡Malhayan privados, que siempre hacen mal!

*Mirando, á su alrededor, los mu-
ros y los muebles del palacio.*

Para una Princesa que llega entre lanzas
y que con el tiempo reinará en Castilla,
Madrigal no tiene cumplido el palacio;
reina extraña y viuda, ¿quién hay que la sirva?...
¿Qué vendrá buscando?
¿Sabéis, el obispo, cuáles son las cuitas
en que mi hija quiere recibir consejo
de la vieja sombra que fué Reina un día?

CARRILLO

Villena concierta con Francia sus bodas
y ya selló pactos con un cardenal;
el Duque de Guiena le dan por marido;
pero la Princesa no quiere aceptar.

LA REINA

Ella ya está en años de que hable su pecho.
¿No tendrá otras miras?

CARRILLO

A mi parecer,
decidió en secreto sus bodas la Infanta,
y de quien no quiera no será mujer.

LA REINA

¿No olvidó, escogiendo, que la espera un trono?

CARRILLO

No lo olvida nunca, y escogió tan bien,
que por el marido que adora en secreto
mi cruz y mi enseña le he dado á la vez.

LA REINA

Vos sois mucho hábil, señor el obispo.

CARRILLO

Soy un buen vasallo que quiere un buen rey;
lo será el Infante de Aragón, Fernando,
que ya se ha batido con Francia en Urgel,
y por éste al campo salieron mis lanzas
y éste es el marido que quiere Isabel.

LA REINA

A doña Clara.

Clara de Alvernaes, por si se me olvidara,
recuérdame el hecho cuando haya ocasión:

Villena hace el bando de un duque de Francia,
Carrillo sus votos le da al de Aragón...
Páreceme, en este tablero de damas,
que llevais la misma jugada los dos.
Catad que os conozco.

CARRILLO

Señora...

LA REINA

Haciendo brusca transición.

Y hoy, gracias
por la nueva buena que me habéis traído
con esta paloma de las tiernas alas
que hace tantos años faltaba del nido.

A sus damas.

Tendrá aquel buen aire de su padre mozo,
tan señor de todos, para nadie altivo,
que en lo reposado de su hablar con pausa
guardaba el secreto de su señorío...
Clara de Alvernaes, bájame en su busca;
que en palacio todo vuelva á ser bullicio
por los corredores donde, hace diez años,
os tengo mandado que no jueguen niños.

Sale doña Clara.

Tú, doña Lucinda, quédate á mi vera,
que hablando parece que retengo el juicio,

y vos, finalmente, señor don Alonso,
pues fuisteis su heraldo, tomadme este anillo;
me lo dió el de Luna, cuando me hizo reina,
viniendo á buscarme riberas del Miño;
¡recordad, mirándolo, de qué modo empieza
y en qué punto acaba lealtad de valido!

*Respetuoso y digno al mismo tiempo,
recibe el Obispo Carrillo, inclinándose,
el presente de la Reina viuda.*

CARRILLO

¡Fuéralo yo, un tiempo, de don Juan el Noble,
y aún tuviérais vuestra corona en su sitio!

LA REINA

¡Callad!... ¡Es su paso por los corredores!...
Como en tantos años no quitó mi oído,
porque muchas veces lo escuchaba en falso,
dieron en decirme que perdía el juicio...
¡Ya lo veis ahora si viene ó no viene!
¡Fué que adivinaba; no fué desvarío!

*Va hacia el fondo, en busca de la
Infanta.*

LUCINDA

¿Mi brazo, señora?

LA REINA

¡Me basto yo sola!

LUCINDA

Caeréis...

LA REINA

En su pecho... ¡Ya lo necesito!

Llegaba junto á las puertas del fondo, cuando éstas se abren, dando paso á Gutierre de Cárdenas, Beatriz de Bobadilla, Clara de Alvernaes, Mencía de la Torre y otras damas, que se hacen á un lado para que entre en escena Isabel de Castilla.

ISABEL

Su voz, cuando aun no se la ve.

¿Dónde está?...?

Como si ante la ruina de su madre no se atreviera á reconocerla.

¿Sois vos, señora?

LA REINA

Tan otra de lo que fuí,
que estás dudando de mí...

Antes de abrazarla, la santigua devotamente.

Mas yo he de enmendarme, ahora
que voy á tenerte aquí.

Abrazándola.

¡Hija mía!...

ISABEL

Lo mismo.

¡Madre!...

LA REINA

Estaba

tantos años á tu espera,
que se echó á buscarte afuera
la razón que me quedaba;
no te encontró; no quería
volver, sin traerte, aquí;
¡y cágame en tanto á mí,
que dicen que enloquecía!
Ya no; me ha vuelto á traer
la hija mía la razón;
porque está en el corazón
el juicio de la mujer.
¡Dáca el rostro, y en su tez
beban mis ojos; que cuido
que hago míos, de una vez,
los diez años que has vivido
sin que te guardara yo!...

Queda embebecida mirándola.

ISABEL

Madre, me encontráis cambiada?

LA REINA

De por sí no cambió nada,
mas todo el aire cambió.

ISABEL

Será un deajo que he guardado
de lo que llevo vivido.

LA REINA

Conozco, en lo que has ganado,
lo mucho que habré perdido.

*Sin cuidarse más que de su hija;
atrayéndola á primer término.*

Sígueme al estrado... El oro
del sol, que á esta parte brilla,
será conforme al decoro
de una Infanta de Castilla;
ya entiendo que es honra escasa
para hija del Rey Don Juan;
pero ni hay más en la casa,
ni alcanza á más lo que dan...

ISABEL

*Cortés, por su séquito, retenién-
dola.*

Madre, ¿ sabéis que al Obispo
debo el pisar estas losas ?

LA REINA

*Comprendiendo la indicación y
esforzándose en mantener la re-
gia cortesía.*

Lo sé; le he dado en albricias
de mi alegría una joya,
y hablé con él; tú no creas
á los que me llaman loca;
que hoy son tiempos que al que siente
le dan por que no razona;
pero yo estoy tanto en mí,
que he guardado en la memoria
todo tu séquito: escucha
los nombres y las personas...
las dignidades no digo,
que como son engañosas,
he olvidado las ajenas
queriendo olvidar las propias.

*Uno por uno, recorriendo las filas
del séquito, va nombrando á los
personajes y les habla con un
minucioso empeño de maníptica.*

Bien hallado: éste es Gutierre
de Cárdenas, que la copa
llenó al Rey en nuestra Casa;
los años te sean honras.
Tú jugabas con la Infanta,
Beatriz Bobadilla...

En gloria,
tenga Dios á tu buen padre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1960 TORRE MONTERREY, MEXICO

que murió de una bohorda
mal disparada, en un juego,
Doña Mencía la hermosa...

Reuniéndose de nuevo con su hija.

Clara de Alvernaes, mi amiga,
me ve con juicio y se asombra.

ISABEL

¡Pero os cansáis!

LA REINA

Nunca estuve
tan despierta en la memoria;
que tú me la has puesto á plomo.

*Vuelta á su séquito, majestuosa y
cortés.*

Ya habéis oído, señoras;
á las doce os tendré mesa.

Salen las damas, inclinándose.

ISABEL

Al Obispo Carrillo.

Carrillo, dejadnos solas.

CARRILLO

Se adelanta unos pasos.

No olvidéis, señora Infanta,
la palabra que empeñamos

de dar respuesta á Villena
hoy mismo, en este palacio
de Madrigal... Va á quedar
Castilla rota en dos bandos.
Después que con vuestra madre
tratéis lo que importa al caso,
vos nos diréis, Isabel,
cuál es el vuestro de entrambos.

LA REINA

¿No está en ninguno Castilla?

CARRILLO

No se sabe.

LA REINA

¡Mal pecado!
Porque de estar con alguno,
éste sería tu bando.

ISABEL

Decís verdad.

LA REINA

Al Obispo Carrillo.

¿Qué esperáis?

CARRILLO

Su venia.

LA REINA

Os la da.

CARRILLO

Avanzando hasta la Reina viuda.

Y la mano
de mi Reina.

LA REINA

*Sonriendo con señorial incredulidad
al tenderle la mano al Obispo.*

El mismo sois
que siempre fuisteis, Prelado.

*El Obispo se retira, dejando solas
á las dos damas. Un poco apartada,
Clara de Alvernaes queda
al cuidado de la Reina. La madre
y la hija toman familiarmente
asiento en el estrado.*

Ya me impacientaba... Llegá:
pues ¿en qué dudas te embargas?

ISABEL

¿Las adivinasteis ya?

LA REINA

Como de amores se trata...
¿quién es el galán?

ISABEL

No sé.

LA REINA

Dijo el obispo...

ISABEL

Se engaña.

LA REINA

¿No es el de Aragón?

ISABEL

No sé.

LA REINA

Será el de Francia.

ISABEL

No es Francia.

LA REINA

Díme entonces, que no entiendo.

ISABEL

Yo entiendo menos : Ocaña,
donde trataban mis bodas,
fué la ocasión de mis ansias.

LA REINA

Pues ¿ no mandó el de Aragón
embajadores á Ocaña ?
¿ no fueron bien acogidos ?

INFANTA

¡ Harto... y sobrado !

LA REINA

¿ No hablaban
por el Infante los nobles
hidalgos de su embajada ?

ISABEL

Vino con ellos un mozo,
recio en hechos, bravo en armas,
que á todos, desde que vino,
nos ocultó nombre y casa...

LA REINA

Locura mía será ;
pero al más cuerdo le asalta :
¿ no era el Infante ?

ISABEL

La misma.
sospecha tuve en Ocaña.

LA REINA

¿ Y por él, hija ?...

ISABEL

¡ Por él,
todo lo demás fué nada !

LA REINA

¿ Sin conocerle ?

ISABEL

Sin tratos
de naciones ni embajadas,
sin saber su nombre y antes
que cruzásemos palabra.
¡ Tanto como hacen, y al fin
basta con una mirada !

LA REINA

¡ Sin conocerle !... ¿ No hiciste
por saber ?...

ISABEL

Cuando en mis ansias
 primeras traté de ver
 cuyo era el cepo en que estaba,
 por recelos del Maestro,
 ó por exigirlo Francia,
 prendieron al de Aragón.
 Aquella noche, las lanzas
 de Villena, en el castillo
 me tenían apretada,
 queriendo ganar por fuerza
 mi voluntad para Francia;
 pero Beatriz, fugándose,
 trajo á Carrillo y sus armas,
 con que quedó por los míos
 la victoria á la mañana.

LA REINA

¿Trataron paces ?...

ISABEL

Y puse
 de condición, al tratarlas,
 que me entregaran las llaves
 de la torre del alcázar.
 Con mi Beatriz, siguiendo
 Gutierre nuestras pisadas,
 pactada la paz, subimos

á la torre donde estaba
 mi aragonés... Nadie vemos,
 y en la reja un hierro falta;
 lo aserraron á cercén
 con las mellas de una daga
 de las que se usan en justas
 para partir las espadas;
 y al fugarse el prisionero
 dejóla en un poste hincada,
 sosteniendo un pergamino
 que se le arrolla en las guardas
 y en donde escribió con sangre:
 ¡«Volveré para arrancarla!»

LA REINA

Luego, ¿ está libre ?...

ISABEL

Es la torre,
 puesta en un cerro, tan alta,
 que Beatriz y Gutierre
 mirando y dudando estaban.
 La parte afuera del muro
 y á diez codos de su planta,
 dos acicates de guerra
 clavados en él brillaban;
 que con uno en cada mano
 y hundiendo, mientras bajaba,

las puntas entre las piedras
 ó el blando de la argamasa,
 debió descender el mozo
 colgado sobre la zanja.
 Salta á media altura y deja,
 para pregón de su hazaña,
 clavados los acicates
 en la pared del alcázar;
 y como brillan al sol,
 mis dos pupilas se clavan
 en sus dos puntas de luz,
 que cuido que me miraban...
 Me llevaron de la torre
 Beatriz y el Maestresala;
 después, de acá para allá,
 voy como un cuerpo sin alma.

Hay una pausa; sin hablar, la Reina abraza la frente de su hija y la tiene unos instantes apretada contra su pecho.

LA REINA

¡Cuitada!... y en una choza
 de labriega castellana
 florece un día el amor
 ¡y á nadie le cuesta lágrimas!

Haciendo transición y soltando otra vez á la Princesa.

Pero, tocante á Villena,
 no dudes; de aquí se vaya

sabiendo, de ti y por ti,
 que rompes trato con Francia.

ISABEL

Mis dudas son por la prisa
 con que Carrillo amenaza;
 que lo mismo temo darle
 que quitarle la esperanza.
 ¿Qué haríais, madre? ¡No sabe
 cómo responderle mi alma!

LA REINA

Si el prisionero fugado
 fuera el Infante...

La Reina se ha puesto en pie y parece olvidar por completo que la Princesa está hablando con ella.

ISABEL

¿Qué os pasa?

LA REINA

Nada, no es cosa; hace días
 que vuelve á rondarme el lama
 del Condestable de Luna...

ISABEL

Alarmada, la Reina ha vuelto á sentarse, pero ya sin expresión alguna de inteligencia en el rostro.

¡Madre!...

LA REINA

¿Qué decía?...

Después de vanos esfuerzos, repentinamente se vuelve hacia la dama de Alvernaes, y como quien pide auxilio en un naufragio grita:

¡Clara!

Clara de Alvernaes llega á punto de recoger en sus brazos el busto de la Reina, que se derriba rígido y sin sostén; su rostro no tiene expresión, la mirada es fija; apretará un poco los dientes y arrastrará la lengua hablando.

ISABEL

¡Madre!...

A la de Alvernaes.

¿No me oye?

CLARA

Hace rato

que yo me maravillaba
de verla tan en razón;

como ahora la veis se pasa,
día por día, los años...
No nos oye; está privada.

ISABEL

¿Pues no tengo madre?... Apenas
su sombra... una sombra ¡y basta!

Con un supremo esfuerzo de energía, conteniendo su dolor y dominándolo, pregunta:

¿Qué hacéis cuando enferma así
mi madre?

CLARA

Quietud le mandan
y silencio, si es posible,
y oscuridad.

ISABEL

Tal se haga
como dices que conviene;
no traiga yo estorbo á casa.

Como si volviera de un desvanecimiento, la Reina ha vuelto á parpadear, y apoyándose en el brazo de doña Clara y en su muleta se ha puesto en pie. Su figura toda está encogida y encorvada. Mira á todas partes como si estuviera entre enemigos, y manifiestamente quiere huir por la lateral. Sus labios murmuran un estribillo de la época:

LA REINA

*Esta es Simancas,
Don Opas, tridor;
ésta es Simancas,
que non Peñafior...*

Sale; la sigue doña Clara de Alvernaes; todavía suena en lo interior dos ó tres veces, atenuándose, el último verso:

*que non Peñafior...
que non Peñafior...*

ISABEL

Dejándose caer en el estrado.

¡Sola!... ¡y viniste, Isabel,
á que te dieran consejo!...
Los que me amparan me fuerzan;
los que me quieren les pierdo;
y llego sola á llamar
á las puertas de mi reino,
como si quisiera Dios
que empiece Casa de nuevo...
La de Trastamara, en ruinas,
ya no me abrigan sus techos:
¿pues aun no secó, Señor,
la sangre del Rey Don Pedro?...

Dijo estas palabras como imprecando religiosamente al cielo, y queda unos momentos abatida, sin hablar.

BEATRIZ

Radiante; llegando por el fondo y hablado desde lejos.

¿Sola?...

Isabel no contesta.

Mejor es así;
porque la visita es tal,
que se explicaría mal
con otras gentes aquí.

ISABEL

Tardando en reaccionar, temerosa.

¿Ya es Villena?...

BEATRIZ

¿Le anunciara

con alegría, señora?

¡Bien se conoce que ahora
no me habéis visto la cara!

ISABEL

¿Quién es?

BEATRIZ

No ha dado razón
de sí; mas cuenta que, andando,
viene, por vos preguntando,
de la raya de Aragón.

ISABEL

¡No es cierto!

BEATRIZ

Haciendo seña á alguien, que quedó junto á la puerta.

¡Ven, hija mía!

Entra una muchachita vestida como labriega aragonesa; trae una cesta con frutas al brazo; se detiene, vergonzosa, como sin atreverse á andar.

ISABEL

¡Llega!

BEATRIZ

¡No, sino retoza!

ISABEL

Acercándose á la muchachita.

Dime, ¿quién eres?

MOZA

La moza
que canta en la Aljaferia.

Inclinándose con irresistible impulso al oirla, Isabel dice:

ISABEL

¡Dá; que te quiero besar
porque tu canto enamora!

MOZA

¿Pos lo conocís, señora,
non siendo *daquí* el cantar?

ISABEL

Como su poder es tanto,
cantas allá tu letrilla;
pero se escucha en Castilla...

MOZA

¡Non lo pensara *dun* canto!

ISABEL

¿Quién te envía?

MOZA

Satropella
la dama y *maturde* así;
diga quién le habló de mí,
para saber si ella es ella.

ISABEL

Sonriendo; melancólicamente todavía.

El hidalgo aragonés

que de tu canto me habló
calló el nombre; conque yo
mal puedo decir quién es.

MOZA

¿Y fué aquí, señora mía,
donde os habló el caballero?

ISABEL

Fué en Ocaña, el mismo día
que le hacían prisionero.

MOZA

Después de reflexionar; convencida de que la Infanta es la Infanta.

Dél y escrito para vos
traigo en el cestico un pliego;
serán esta dama y Dios
testigos que vos lo entrego;
porque como lleva el sello
del Rey, *muestro* soberano,
yo respondo con el cuello
de dejarlo en propia mano.

ISABEL

¿Te lo dió el Rey?

MOZA

En Palacio

me lo dieron, no sé quién:
un mozo que os vió despacio,
según que os recuerda bien.

Porque como yo, dudando,
preguntaba, *estonces* él
va y dijo: «Es doña Isabel
tal y tal...», y os fué pintando;
pero cabal y completa,
que os reconociera al paso:
tenís, apenas, *si es caso*,
la barba más regordeta.

Dijo que nadie tendría
sospecha de mí, y que así
por eso pensaba en mí;
y *añidió empués* todavía:
«*Váite* hoy mismo y haz de suerte
que cumplas, y no habrá fiesta
como la que juro hacerte
si me traes una respuesta.»

Digo: «¿Daréisme una saca
de panizo?» Y él responde:
«Te daré un molino, donde
no falten rucio ni vaca.»
Vine, y con hoy llevo tres
días *dacá* para allá;
¡bien se conoce que va
la Princesa en cuatro pies!